



Revista de Investigación Educativa 6

enero-junio 2008 | ISSN 1870-5308 | Xalapa, Veracruz

© Todos los Derechos Reservados

Instituto de Investigaciones en Educación | Universidad Veracruzana

Introducción (al libro *Escrituras ordinarias*)

Daniel Fabre

Eréndira Espinosa García
Traducción

El texto que presentamos introduce el libro cuyo título traducido al español correspondería al de “Escrituras ordinarias”, vaga noción que opone a la escritura académica y literaria la escritura de todos los días: recordatorios, mensajes, diarios, formatos oficiales, notas en las piedras, en monumentos, diarios íntimos, invitaciones, etc. El libro recoge el fruto de cuatro años de investigación desde una perspectiva histórica y antropológica, en tres partes. LA CASA DE LAS ESCRITURAS: escrituras domésticas, correspondencias, cuadernos (o álbumes) de nacimiento. MANERAS DE ESCRIBIR, MANERAS DE CREER: la escritura de las escrituras, el correo del cielo y males dichos, males escritos. Finalmente, ENTRE NOSOTROS Y YO: el pastor de los signos, mensajes efímeros y escribir en Riverac.

La forma de la escritura de esta introducción (cuyas dificultades se advierten en la traducción) nos anuncia la de sus capítulos: difícil pero interesante.

Palabras clave: Prácticas de escritura, escritura ordinaria, Francia.

Para citar este artículo:

Fabre, D. (2008, enero-junio). Introducción (al libro *Escrituras ordinarias*). *CPU-e, Revista de Investigación Educativa*, 6. Recuperado el [fecha de consulta], de http://www.uv.mx/cpue/num6/inves/fabre_introduccion_escrituras_ordinarias.html

Presentación

Decidimos traducir la introducción al libro *Écritures ordinaires*, dirigido por Daniel Fabre, porque nos parece que brinda una panorámica general de los estudios de carácter etnológico (y etnográfico) que se realizan en Francia desde la década de los noventa, orientados por la idea de indagar en “lo cotidiano” la manera en que las personas se apropian de los recursos culturales que adquieren dentro y fuera de la escuela: las estrategias o tácticas compartidas de uso de la escritura. Esta corriente de investigación está íntimamente ligada al concepto de *práctica social*, de lectura o escritura, que tanta influencia está teniendo en el México de hoy, bajo el impacto de autores franceses: Michel De Certeau y Roger Chartier, entre muchos otros.

La indagación específica de cuáles son las prácticas de escritura ordinaria (como opuesta a la escritura académica o literaria) que se desarrollan en un país de Europa resulta interesante para nosotros, en México, por contraste. Entonces, conocer estos enfoques de investigación y estas prácticas de escritura nos puede servir para orientar investigaciones que nutran el conocimiento de las prácticas de escritura ordinaria o académica, centrando la atención en el México no académico y no intelectual.

Cuando, por ejemplo, se habla de las prácticas sociales de lectura y escritura en los programas de educación básica en México, ¿a cuáles prácticas se refiere de manera específica? ¿Quiénes las comparten? ¿Qué sectores de la población mexicana están inmersos en ellas? ¿En qué ámbitos? ¿Cómo difieren las prácticas de un país a otro y cómo se resuelven las necesidades de escritura cotidiana en países con poblaciones tan diferentes? ¿Cuál es la distancia frente a la norma, en uno u otro país?

Esperamos que la lectura de esta introducción detone investigaciones nuevas en nuestro país y nos permita crear líneas de investigación y reflexión acerca de la apropiación de la cultura escrita en el México cotidiano, profunda y dramáticamente diverso en su interior, y respecto de los países que ya desde hace aproximadamente 120 años han hecho realidad la educación básica universal y obligatoria, cosa que hoy no se acaba de lograr en México; problema que se empalma con otro gran desafío, el que significa conocer cómo la gente se está apropiando de los medios electrónicos de comunicación escrita, produciendo escrituras ordinarias en teléfonos celulares, correos electrónicos, conversaciones escritas (*chats*), etcétera.

Introducción (al libro *Escrituras ordinarias*)*

Recordatorios garabateados en una libreta, formatos oficiales llenados con lentitud y tensión en los que reencontramos al estudiante que fuimos, notas de sufrimiento y agradecimiento que albergan en sus mármoles o en sus cuadernos todos los santuarios, firmas discretas o elocuentes que marcan un pasaje, la visita a un monumento o la toma de posesión nocturna de la calle, notas al pie de las fotos que describen los lugares y los momentos de las vacaciones, de la boda, del nacimiento, correspondencias afectuosas, diarios íntimos... tales han sido, desde el principio, en su desorden desconcertante, algunos de los usos que incluimos en esta expresión: *escrituras ordinarias*. Éstas se oponen claramente al universo prestigioso de los escritos que se distinguen por la voluntad de construir una obra, por la firma que autentifica al autor, por la consagración de lo impreso. No aspiran ni al ejercicio escrupuloso del “buen uso” ni a la sacralización que, poco o mucho, acompaña desde hace dos siglos al distanciamiento literario.⁴ Además y sobre todo, la mayoría de estas escrituras asociadas a momentos colectivos o personales intensos o bien a la rutina de las ocupaciones cotidianas, parecen consagradas a una única función que las absorbe y las uniformiza: *dejar huella*. No tendrían otro sentido, ni otros efectos. Cuando mucho dan testimonio de una competencia que se hace evidente sólo cuando no se la posee.

Normalmente es más allá de este límite entre el mundo de los “escritores” y los otros, que se abre el terreno del etnólogo. En la “gran división”, éste elige siempre la mitad oral. ¿Acaso no ha decretado la autenticidad mayor de las sociedades sin escritura? ¿No ha mostrado hasta qué punto la escritura transforma radicalmente nuestra comprensión del mundo y nuestros órdenes sociales?⁵ Además, desde el momento en que en los países de Europa la separación se atenúa y después se borra y un saber, por muy elemental, es dispensado a todos o casi a todos, la escritura ya no tiene espacio reservado, parece no pertenecer a nadie en

* Fabre, D. (Dir.) (1993). *Écritures ordinaires*. Paris: Éditions P.O.L./Centre Georges-Pompidou. Traducción de Eréndira Espinoza García, como parte de su servicio social bajo la coordinación de Jorge Vaca Uribe. Nuestro especial agradecimiento a Paulette Voisin por sus finas correcciones.

1 Para atenernos a un periodo reciente, citemos entre los estudios sobre “le sacre de l'écrivain”, para retomar el título del libro fundador de P. Bénichou (Paris, José Corti, 1973): Lejeune, 1986; el n° 24 de la revista *Textuel*; la encuesta de N. Heinich (1992), y Bourdieu, 1992.

2 Desde este punto de vista, las obras de Jack Goody [...] son clásicas y hay que añadir para tener una perspectiva más general: G. Lenclud, 1992, y Ong, 1982.

particular pues sirve para todo. Pretender aislar los usos ordinarios significaría entonces escudriñar nuestras sociedades en todos sus actos y en todos sus estados; ¿acaso no están enmarcados, reforzados por una necesaria red de escritura a tal punto omnipresente que los hace invisibles? Situación desconcertante, vértigo de la descripción infinita. Deslindándonos de la distinción entre sabios e ignorantes, sin escrutar ya la sola discapacidad del iletrismo –siempre redefinido y resurgente–, o bien el momento inicial del aprendizaje, henos aquí inmersos en lo banal y lo diverso, en busca de un objeto sin contornos, evanescente, imposible tal vez.

Esta impresión es inmediatamente confirmada por la ausencia casi total de preguntas detalladas sobre la escritura en las encuestas que tratan de las “prácticas culturales de los franceses”. Las más recientes la deslizan en una exploración rápida de las aficiones preferidas; la escritura se codea con la música, la danza, la pintura, el teatro, de “aficionados”. Además, la constatación de su propósito nos retendrá por su prudencia: “los resultados registrados... muestran una difusión bastante amplia que no es exclusiva de las personas con título, incluso si estos últimos son los más susceptibles a anotar reflexiones o recuerdos, a redactar recuentos de una u otra situación o bien poemas.” Por otra parte, las encuestas nos dicen que el 7% de los franceses lleva un diario íntimo, cifra importante pero que tampoco nos lanza a alguna investigación más precisa sobre estos escritores secretos. ¿Son jóvenes o más bien maduros? ¿Hombres o mujeres? ¿Qué duración, qué intermitencias caracteriza, en su vida, esta escritura del día?

Se percibe rápidamente la razón de estos sumarios y raros sondeos, ya que hoy en día parece relativamente fácil clasificar a los franceses a partir de la posesión y de la lectura de libros –objeto bien identificado, fácil de contar, de dividir en géneros, de ser comparado con otras prácticas de “entretenimiento”–, a diferencia de la escritura, que plantea a quienes realizan el sondeo, propiedades exactamente inversas. La escritura no es un consumo, se resiste a ser medida, no se deja clasificar fácilmente en categorías, su ejercicio no expresa de entrada una identidad social. Práctica bastante difundida y muy variada para ser reducida a un conjunto de indicadores, la escritura apela a otros enfoques.

Los trabajos recientes sobre la lectura nos han abierto primero el camino para definir a estos últimos. En efecto, en los años setenta, el estudio del campo de variación de las actitudes de lector se desarrolló a la par del simple conteo y de la clasificación elemental de los libros leídos. Ahí residía para Michel de Certeau (1990) la matriz paradójica de las “culturas ordinarias”. No es un contenido lo que las caracteriza sino una distancia respecto de ese “punto máximo de pasivi-

dad” (:XLIX) que representa a primera vista la lectura.⁶ Richard Hoggart había ya criticado —a partir de un conocimiento principalmente autobiográfico— esta concepción condescendiente que presenta a las masas adheridas ciegamente a los semanarios familiares, a la prensa sensacionalista, a las novelas de lectura fácil. Hoggart (1970, 1991) había subrayado, a la inversa, las actitudes de atención distraída, de adhesión eclipsada, de reserva escéptica que caracterizan las maneras de leer de los obreros ingleses de donde él viene. Michel de Certeau posiblemente va más lejos al definir “la actividad lectora” como una caza furtiva, una expansión plural, una recomposición íntima: “La delgada película de la escritura se vuelve un removimiento de estratos, un juego de espacios. Un mundo diferente (el del lector) se introduce en el lugar del autor” (Certeau, 1990: XLIX). Entonces, el texto escrito no dicta nada, se presta a un manejo singular; cada lectura viene a alimentar el curso fluido e imparable de la autobiografía silenciosa que desataría en forma de “sub-conversación” toda lectura. Por otra parte, ¿acaso no confirma esta relación con el libro la inclusión de las lecturas de la infancia y de la adolescencia en la novela de formación de los escritores? Si bien los “libros eróticos sin ortografía” de Rimbaud llevaban en ellos el escándalo de un salvajismo voluntario, las obras de Julio Verne, Hector Malot y los de Paul d’Ivoi fueron apasionadamente retomados por Sartre de un modo que coincide con la experiencia común.⁷ Sobre esta pista, llevando sus miradas hacia tiempos remotos, historiadores como Roger Chartier han retomado la búsqueda y han puesto en evidencia este acto de apropiación personal pero también colectivo que es toda lectura. Ésta produce siempre un texto nuevo mas no aleatorio del cual es posible, en algún momento de la historia, descifrar los sentidos compartidos.⁸

El reconocimiento de la lectura como práctica en Michel de Certeau tuvo por efecto situar la escritura en el polo opuesto. Si la lectura es un “arte de hacer” incrustado en el arsenal de las “tácticas” cotidianas que orientan golpe a golpe las conversaciones, las maneras de habitar y de cocinar, la escritura, necesariamente, fija, da forma a la experiencia y se sitúa del lado de las normas enunciadas y de los modelos inculcados. La escritura es *aplicación* en todos los sentidos de ese término. En ésta se intensifican todas las propiedades restrictivas de la lengua, con sus códigos, su autoridad, sus aserciones dominantes, tema que Barthes (1978)

6. La concepción de de Certeau es comentada por A. M. Chartier y J. Hébrard (1988).

7. Sobre las lecturas de Sartre: Papadia, 1978, y por un acercamiento de la relación entre las lecturas y la bibliografía: Spufford, 1979; Peroni, 1988.

8. Ver Chartier, 1985 y 1987.

ya desarrollaba.⁹ Sólo el escritor se revela en contra de este orden del lenguaje y de la letra que lo constituye como sujeto social, burla los lugares comunes, los clichés que subsisten y que vienen aún más fácilmente a la pluma que a la boca, se aparta con heroísmo de la repetición interminable o, al contrario, acepta a tal punto su eterno retorno que lo pervierte y lo trasciende.

Si se sigue esta pendiente en el análisis, la escritura ordinaria sería, en principio, casi ineluctablemente dominada por las condiciones primeras de su inculcación y las ocasiones forzadas de su manifestación. Siempre refrenada, la escritura no se emanciparía del ejercicio, sino que sería académica por naturaleza. De ahí esta fascinación, que nace a finales del siglo XIX y que merecería una historia, por las escrituras en las que triunfan los errores, es decir, la ignorancia, el desprecio a las reglas o su olvido. Los textos de los niños, de los ingenuos, de los dementes, que Dubuffet llamará “escrituras brutas”, serían las únicas en deshacerse, sin saberlo ni quererlo, de las leyes de bronce de la letra.¹⁰

Esta tensión esencial ya aparecía, y más evidentemente aún, con los escritos públicos, expuestos. Discretos o majestuosos, éstos acompañan, como bien lo ha señalado Armando Petrucci,¹¹ los adelantos de control de la élite urbana y después de los Estados; éstos publican la ley, los títulos, los nombres propios notables, balizan los espacios de la dominación institucional; dan un cuerpo visible al orden político. Sin embargo, esta escritura, tan completamente identificada con la regla, portadora de la lengua y de las formas tipográficas del poder, suscita como reacción una contra-escritura. Furtiva, nocturna, atormentada en su grafismo, poco sumisa a la ortografía, siempre fuera de lugar, invade los muros de la ciudad. Esos *graffitis* bien conocidos en las ciudades italianas del Renacimiento son escritos transgresivos, criminales, más por el lugar que ocupan que por su contenido, que suscitan una vigilancia activa de la escritura.¹² ¿Acaso hoy en día no vienen estos *graffitis*, desde los nuevos barrios poco o mal escolarizados de la ciudad moderna, a inscribirse masivamente al lado del mensaje monumental que acapara la publicidad?

9. La posición de M. de Certeau se matiza en *La fable mystique* (1982).

10. Sobre esta noción: Dubuffet, 1967, y Thévoz, 1978, 1979 y 1989.

11. La obra de A. Petrucci estará pronto en parte disponible en francés; ver también su revista *Alfabetismo e cultura scritta*. D. Roche (1985) evocó las escrituras urbanas y públicas en “Les pratiques de l’écrit dans les villes françaises du XVIII^e siècle”. D. Marchesin (1992), presenta el recuento historiográfico en este dominio.

12. Ver Petrucci, 1980. Faltan todavía trabajos serios sobre los actuales *taggers*; leer sin embargo Castleman, 1982.

Tratando de describir y después de elucidar un poco los usos ordinarios de la escritura, encontrábamos otra “gran división”, en la que, sin embargo, el lugar del corte se desplazaba. Ya no se trata de trazar una línea entre lo oral y lo escrito sino entre leer y escribir o incluso entre los escritos brutos (o las contra-escrituras) y las inscripciones del poder. Tal parece que la escritura ordinaria no tiene otra existencia posible más que como marca –impresión– del orden social o como tentativa, solitaria o colectiva, de escapar de éste con la inocencia, la locura, la revuelta escritas. ¿Acaso la literatura moderna, la concepción moderna de la escritura literaria y sus usos ordinarios no son, muy a menudo, la misma cosa? Así, después de haber sido en un primer momento como desbordados por el curso denso e inaprensible de las prácticas de escritura –que nosotros distinguimos simplemente de la voluntad de hacer obra–, nos encontramos presos en la trampa de los modelos dualistas que proponen de entrada una comprensión, apoyándose más o menos implícitamente en una teoría fuerte de la literatura e imponiéndonos un marco rígido donde fijar lo cotidiano de la escritura, un eje tendido entre la sumisión y la emancipación donde situar en su justo lugar a nuestros escritores y a sus textos. Nos era permitido matizar nuestras descripciones, pero parecía difícil escapar a esta ordenanza: parecía deber imponerse a fin de cuentas.

Sin embargo, hay que leer los trabajos que siguen, expresiones particulares de una investigación colectiva de casi dos años, como uno de tantos esfuerzos por subvertir esta problematización espontánea. Fortalecidos de una consciencia cada vez más clara de la pertinencia de estos modelos, elegimos lanzarnos a la etnografía de algunas situaciones de escritura, considerar los espacios sociales restringidos y las prácticas bien caracterizadas. Decidimos afrontar terrenos limitados, tan diversos como fuese posible, dándole la espalda a los análisis generales que no convocan lo real más que como ejemplo, como casos demostrativos, evitando dejarnos llevar por las cuestiones del día –serígrafos de las calles, *grafiteros* del metro, escritores a cuenta de autor...– que merecen sin duda una mirada más alejada o, al menos, un enfoque más indirecto. Sólo un gran principio: no limitarse a corpus cerrados, sino dejar que el análisis dé a nuestros objetos, es decir a los nudos de relación engendrados por él, su configuración última en el espacio y en la historia. Algunos de nosotros conservamos hasta el fin la unidad de tiempo y espacio de la monografía –dos clases de preparatoria, un laboratorio...–. Otros desarrollaron comparaciones más o menos amplias, que les parecieron necesarias para la producción de sentido.

Siempre hay algo arbitrario en agrupar en conjuntos homogéneos lo que también siempre fue una experiencia múltiple sobre terrenos tan diferentes. Sólo

el diálogo continuo del seminario reordenaba, semana a semana, los fragmentos en figuras cambiantes. Sin embargo, elegimos finalmente un orden de presentación que pone en evidencia una doble convergencia para cada parte del libro, es decir, cada una nos hace entrar en un espacio social donde se expone muy particularmente un carácter, un uso, un efecto de la escritura o, más exactamente, una recomposición particular de sus potencialidades plurales. Demos ahora un rápido vistazo al recorrido.

Penetramos primero en “la casa de las escrituras”. El espacio doméstico es hoy el marco de toda clase de escrituras. Unas velan por el buen orden de la casa, concebida como un universo de cosas y como un tejido de relaciones que se extienden más allá de la familia residente. Las otras se desarrollan en el corazón mismo de la casa pero de cierta manera *en contra de ella*, en la esfera secreta en la que algunos se acomodan. Puesto que esta escritura doméstica es múltiple, es compartida de manera desigual, y es en esa desigualdad donde se esclarece mejor, en nuestra opinión, la punzante cuestión de los sexos y de las edades de la escritura. La segunda etapa nos conduce a los parajes de la Iglesia, la cual es un continente de escritura paradójicamente desconocido. En el ambiente cultural de un cristianismo que funda un escrito inspirado, ¿qué es el texto cuando se trata de solicitar lo invisible, de ponerlo en escena, de usarlo para curar el cuerpo y el espíritu? Aunque este invisible esté fuera de nosotros, en nosotros o pasando de uno al otro, no dejamos de señalarlo, de esperar que dé una señal, de solicitarlo por escrito. Para nosotros, ese es el punto de vista que vio articularse sutilmente, en alternancias y en jerarquías muy variables, el verbo y la escritura. Con la tercera parte nos ubicamos en grupos fundados de manera durable o temporal en una comunidad de residencia y de trabajo. Ese *nosotros* no es más que una virtualidad con múltiples facetas, en el que las identidades colectivas parciales, incluso singulares, se esfuerzan en busca de reconocimiento. En un pueblo, en un grupo de artesanos o en un taller, la institución no decretó reglas exhaustivas de escritura, así que ésta, transcrita en forma y en acta de maneras diversas, subraya, exhibe, nutre y funda la diferencia. La escritura hereda de esta posición una flexibilidad y una fuerza de demostración que forman el más fino de los indicios. La escritura puede volverse el emblema de las condiciones y las posiciones, sin embargo, muy alejadas; la escritura de un pastor no es la de un médico, incluso si ambas deben estar cifradas. Ésta también puede, en última instancia, dar existencia al yo, ser su acta de nacimiento.

Como se puede ver, los términos confrontados (pensamiento oral-pensamiento escrito; lectura activa-escritura pasiva; escritura del poder-escritura

marginal) que parecían imponérsenos y cuya atracción indiscutible queríamos desviar, no han orientado, en un principio, nuestros pasos. A pesar de esto no hemos perdido de vista sus puntos de luz. De hecho, sus ejes fueron parcialmente reacomodados y, si no dirigieron *a priori* el análisis, éste no los ha negado. Por esta razón quedan por subrayar, en esta introducción, algunas perspectivas sobre las relaciones existentes entre la escritura y lo social como nuestro recorrido común las considere.

Ordinario: Ordenado

“¿Escribe? –No, no escribo.” Así podría formularse, caricaturizándolo un poco, un intercambio mínimo a la manera de los sondeos. La pregunta parece bastante concisa y la respuesta puede dejar pensativo. ¿Se tratará de algún malentendido? En efecto, si el entrevistado sabe escribir, es casi seguro que en algún momento de su vida se valga de esta competencia, ya que llena su hoja de impuestos, deja algún mensaje a su vecino y anota los datos que exige su trabajo. Si no lo reconoce en un principio es, tal vez, porque esta escritura es una técnica tan corriente que se hace olvidar por los mismos usuarios. Su manejabilidad haría de ella una herramienta que se ignora. Sin embargo, este pequeño diálogo se puede interpretar de otra manera admitiendo que manifiesta más bien un sobreentendido compartido. La frase “no escribo” puede ser igualmente pronunciada por un empleado de ventanilla, una secretaria o un profesor de primaria, quienes tienen como ocupación escribir, sin paradoja. La frase niega simplemente la relación continua, familiar y personal de un sujeto con la escritura, y es eso lo que justamente le interesa a nuestro entrevistador. Por lo tanto, según el sentido común, hay una escritura en la que el “yo” se compromete y se expresa, la única que autoriza hoy la afirmación del enunciado “yo escribo”, y otra que, por el contrario, aparece como el resultado de una exigencia exterior al sujeto, de un simple imperativo social.¹³ El matiz es de capital importancia. Esta escritura en la que habíamos reconocido una prolongación de sí, un medio hasta tal punto incorporado que no es reconocido, aparece al contrario como el fruto de una necesidad en la cual la persona no se reconoce, pero que le impone su disciplina. Lejos de ser para sus usuarios ordinarios un acompañante “natural” de la vida,

13. La denegación o la molestia ante lo que es un tipo de confesión, incluso entre los aspirantes a escritores, es analizada por N. Heinch (1992).

esta escritura es *ordenada* en los dos sentidos del término. Una autoridad la solicita, la impone incluso, y la escritura es en sí portadora de un ordenamiento. La ocasión y la forma, la razón social y la razón gráfica en ella son inseparables. En este sentido, la escritura no es solamente el signo exterior de los poderes sino que se volvió el intermediario universal de una organización anónima conducida por el acto mismo de escribir.

En este punto se impone una mirada hacia algo que nunca ha sido directamente el objetivo de este libro pero que le dibuja en muchos momentos la filigrana, como lo es el momento escolar de la escritura. No lo abordamos de frente, pero nos referimos a él con frecuencia, a partir de su marca identificable. Ésta se deriva esencialmente de una gran innovación pedagógica en el Segundo Imperio, que ve pasar la escuela elemental del reino exclusivo de la *lección* a la valoración del *ejercicio* y a la invención correlativa del *cuaderno*, donde se inscribe en su diversidad.¹⁴ El cuaderno es en un principio el que establece el hábito de la escritura guiada por medio de la cual el alumno llena los espacios de la escritura del maestro. Ya sea que se trate de expresar los resultados de un cálculo, de completar una frase con buena sintaxis, de lograr una máxima en el justo sentido moral, el escritor, siempre principiante, por naturaleza, debe deslizarse sobre las huellas de un escrito preexistente que lo obliga y lo acompaña. Hoy en día, esta manera de escribir triunfa en el formato administrativo así como en la reciente multiplicación de álbumes en los que se es invitado a desarrollar un periodo de la existencia o incluso, idealmente, su totalidad. “Su vida está en este libro”, proclama uno de estos álbumes sobre su cubierta, y ya está escrita porque todo está previsto para que su diario tome forma en él. Añadamos que, a menudo, esta escritura dirigida ha conservado del cuaderno de la escuela la apariencia manuscrita de sus caracteres; el artificio del marco resulta un tanto atenuado si parece la obra de una mano y de una pluma.

Cuando la escritura se distancia de este primer modelo, la escritura escolar se impone a través de tres formas fácilmente reconocibles, que se ofrecen durablemente como plantillas de la escritura ordinaria: la lista, la carta y el libro. No insistamos sobre la primera, testigo de este distanciamiento que hace la diferencia entre el habla y la escritura, pero recordemos que la lista no se reduce a un ordenamiento puntual. A través de su doble aplicación en la contabilidad y en el calendario, que asociados dan lugar a los libros de razón [especie de diario que el jefe de familia llevaba hace mucho tiempo. N. de la T.], la lista provee la matriz de todos los es-

14. Seguimos aquí el artículo esencial de Ch. Hubert y J. Hébrard (1979) “Fais ton travail”.

critos cuyo ritmo es marcado por un índice preestablecido.¹⁵ Es el más universal de los formatos, la más constante de las guías. En cuanto a la carta que se envía a un destinatario, después de haber sido también una de las formas dominantes de la expresión religiosa, moral y filosófica y, de manera más marginal, un interesante procedimiento novelesco, se volvió el prototipo de “un texto para otro”, sumiso en consecuencia a la más minuciosa de las etiquetas, puesto que en ella las tácticas del acercamiento oral, las delicadezas de la presentación de sí y de la conversación deben exponerse explícitamente (ver Chartier, 1991). Ya sabemos que la carta se escribe de una vez por todas, una vez enviada es irrecuperable. Tardíamente, en el siglo XIX, pero con mucha más firmeza, la escuela primaria hará de la carta enviada a una autoridad el ejercicio que corona el aprendizaje, y en los pueblos y barrios urbanos se reconocerá a alguien como letrado por esta capacidad. ¿Acaso no son los actuales escritores públicos primero, en lo más alto de su función, escritores de cartas? La referencia al libro puede parecer más extraña. Uno se podría imaginar que este atributo le sea reservado al maestro porque el alumno no dispone más que de su remedo, el manual, menos prestigioso y por mucho tiempo escaso. De hecho, es por la vía de un ejercicio capital, la copia, que el modelo se impone. Hemos olvidado un poco, o negado, la importancia de este trabajo de repetición escrita, pero el léxico tiene remanentes propios para refrescar la memoria, pues los alumnos y los estudiantes continúan comprando y dando *copias*, término que designa a la vez el papel y la tarea. El libro era con frecuencia la fuente de la vieja copia escolar y permanece como referencia visual para editar el texto que será juzgado. Esta exigencia tiende a acrecentarse con el nivel del examen. “Una forma conveniente no es ajena a la calidad de la tarea y a la preocupación de ser *legible*, literalmente y en sentido figurado (sin olvidar, hay que decirlo, la edición correcta –con respeto a las sangrías, el rechazo a las abreviaciones triviales, etc.–, la caligrafía cuidadosa e incluso la calidad de la tinta utilizada –¡no dudemos en llegar hasta eso!–) y debe ser, de parte de *cada* candidato, la marca visible y el testimonio inequívoco del interés efectivo que tiene en la filosofía”, tal era la recomendación de un jurado de filósofos que evaluaba el último examen de admisión a la Escuela Normal Superior.¹⁶ Además, el cuaderno de copias escolares como los otros cuadernos que marcan la

15. La forma del “libro de razón” no dio lugar en Francia a trabajos completos. En contraste, existen ediciones críticas de estos textos ordinarios en Escandinavia, Alemania, Escocia; ver con este fin el boletín *Forschungen zu Bauerlichen Schreibebüchern, Research on Peasant Diaries*, publicado en Hamburgo desde 1989.

16. En *Revue de l'association des professeurs de philosophie*, 42^e an., n^o 3, janvier-février 1992, p.30.

vida –por ejemplo el “cuaderno de canciones” de los soldados reclutados que se generaliza hacia 1900– serán frecuentemente conservados y tratados como libros. Más cercanos a nosotros, los álbumes de nacimiento y matrimonio se dicen “libros” para mostrar su perennidad al exigir en ellos el mayor cuidado en la escritura; lo impreso no se tacha; es esa perfección la que lo separa de su escritor.¹⁷

La escuela no inventó los paradigmas que promovió; ha prolongado los principales referentes textuales de la Iglesia –el Libro sagrado, la epístola, el cómputo de los días– y ha confirmado su *consagración* secular ilustrando la inversión de sentido de este último término. Porque estas formas de escritura ya no son exclusivas del clero sino que son la base de la práctica común; son por lo tanto consagradas por un uso universal más que restringido, forman una unidad con las exigencias habituales de la demanda de escritura y ofrecen los medios para responderles eficazmente. Las formas de escritura constituyen por lo tanto este orden de lo ordinario, contra el cual afirma revelarse hoy la toma personal de la escritura que, paradójicamente y sin lugar a dudas, quisiera hacer escuchar una palabra, un tono, una voz con su textura singular.

En contraste, hay que comprender, sobre el fondo de esta tensión que atraviesa y divide el campo entero de la escritura, constituyendo en nuestras sociedades el *lugar común* de su representación, el acento puesto en la lectura como refugio del libre picoteo, como territorio de la divagación íntima. Sin embargo, una mirada apenas retrospectiva basta para que nos aparezca otra concepción. Pasa también por la relación entre leer y escribir; los opone pero para asociarlos mejor, siguiendo una lógica muy diferente en la que es importante entender el proceso. Justifica, en efecto, tanto los más apasionados como los más banales usos de la escritura.¹⁸

Consideremos las sociedades relativamente poco letradas –los campos de la Francia periférica hasta 1880, la actual Italia del sur ...– donde el lector existe pero ejerce su saber en condiciones muy particulares. No hay nada que recuerde realmente este retroceso hacia el fuero privado que los pintores del mundo burgués reprodujeron con deleite, ni tampoco esas sesiones de declamación pública del diario o del libro donde se ha visto la forma popular por excelencia de la lectura. De hecho, el letrado de pueblo o de barrio propone una especie de mezcla de estas dos escenas ideales: lee con gusto en público, en la calle o en la casa, cerca de la chimenea o de la ventana, pero balbucea en voz baja su texto,

17. Sobre ese “libro de canciones” de los militares, ver Fabre, 1985, en particular, pp. 195-196.

18. Retomamos, resumiéndolo, nuestro artículo ya citado.

deja escapar un extraño murmullo de sus labios siempre en movimiento. La referencia a la posesión sobrenatural se impone entonces. Leer es ser habitado por un ser con lenguaje desconocido. El libro y su lectura abren la puerta del mundo demoníaco. Todo lector, sobre todo si sobrepasa los bordes de su condición iletrada, roba un saber y revive la experiencia del aprendiz de mago, aquella que se le achaca a Fausto, inventor de la imprenta según una variante de la leyenda. Leer el libro mágico, y todo libro lo es en cierto grado, es afrontar al Otro, es decir, al diablo en términos teológicos, haciendo caso omiso de las advertencias que marcan cada etapa: “dale vuelta a la página, si te atreves”. De la misma forma, la mayor parte de estos aventureros de la lectura se vuelcan en la locura del poseído y son múltiples los relatos que evocan sus lecturas jadeantes y aullantes del libro prohibido. Escena hiperbólica sin duda, pero que enuncia los peligros que presenta toda lectura: se corre el riesgo de perder el alma en ella.¹⁹

¿Cómo superar esta prueba? ¿Qué vía puede conducir a la dominación del libro? Simplemente: la escritura. Reproduciéndola en un cuaderno de nuestra propiedad, se hace nuestro el poder de la letra. Aquí, la copia, lejos del ejercicio escolar, no es más que una sumisión aparente; docilidad astuta que permite apropiarse del texto, incorporar esta fuerza que inunda al lector ordinario quien se contenta, a costa de él mismo, con leer. Por lo tanto, al escribir se conjura el maleficio del libro y se ve por todos lados a aprendices cosiendo sus copias, en un cuaderno en principio único que reúne su saber y afirma a los ojos de otros un poder rápidamente temido. Decir que alguien “tiene el libro”, y reconocer su autoridad por ese hecho, no significa generalmente que él posea, como los sacerdotes, un impreso sagrado, o como los hechiceros, un libro mágico, sino que los atrapó en la trampa de su propia escritura, que compuso con textos diversos *su libro*, diferente a cualquier otro. Ahí se pueden encontrar cuentas, cronologías, recetas, máximas, bromas y conjuros secretos, todo un mundo de escritos a los que basta poseer para convertirse en su amo.

Esta concepción natural (*indigène*) invierte la constatación que liga lo escrito y lo social. No es sólo por la buena suerte de tener una posición dominante que uno se vuelve guardián legítimo de la escritura, sino que es la escritura la que, cuando se posee plenamente su uso, nos hace acceder al rango del escribano, trascendiendo lo ordinario de una condición mediante un saber que parece portar en sí el germen de revoluciones extraordinarias. Así es como algunos de

19. Es el peligro que corren las institutrices y los pequeños pueblerinos pensionarios en sexto (Fabre, 1985: 193).

los que experimentan este cambio se encuentran, a los ojos de prójimos, dotados de virtudes particulares. Así fue como los curanderos, poco a poco, se pusieron a escribir ya a finales del siglo XVII, al igual que los compositores de canciones tan temidos porque publicaban y castigaban las malas conductas, e incluso los compositores del teatro local que los bearnese y los vascos llaman “profesores de primaria”... En épocas más recientes, este saber-hacer saca al que lo posee de la chusma, como en los casos del campesino que lleva una libreta de cuentas, el sindicalizado que sabe redactar una moción, el militante capaz de redactar con brío una declaración, todos aquellos que ocupan un lugar reconocido, suscitan una forma de deferencia; más aún los autodidactas, para quienes la escritura autoriza de la misma manera el inventario de un universo y el resarcimiento de la persona. ¿Hay que añadir que el modelo de la promoción por la escuela primaria sin duda avivó y generalizó esta imagen? Incluso si el orden de la escritura que ahí es inculcado desemboca rara vez en esta apropiación personal –sin embargo dócil a las formas aprendidas porque ahí radica la fuerza de la escritura–, en la escuela se entreabre una vía, se nutre una creencia que se revela eficaz al elevar algunos destinos por encima de su trayectoria previsible.

Basta por lo tanto cambiar de escala –de grande a pequeño–, hacer girar el punto de vista –de la correlación general y exterior a la lógica natural– para restituir a la escritura sus efectos en el *hic et nunc* (el aquí y ahora) de las relaciones, en la expresión cambiante de las posiciones y los roles. Ya sin verdadero dueño, entregada a un apetito universal, la escritura no obstante conserva su fuerza discriminante porque inscribe en el orden durable de los signos todas las relaciones sociales, tanto aquellas que confirma como las que por ésta se instituyen, y es en este punto que la escritura viene al encuentro del ritual.

El acta y el rito

esta conquista de la letra, de la cual acabamos de bosquejar las etapas y las razones, se presenta siempre como el relato de una gesta heroica. La fuerza objetiva que yace en la escritura se verifica de la siguiente manera: es captada por el acto de escribir e incorporada por el escritor, a quien esta misma fuerza transfigura. Este mundo sólo se narra o cuenta en singular. No obstante, estas experiencias ejemplares toman su verdad de la apretada trama de una *escritura habitual* sobre la cual se perfilan. Esto emana de una necesidad indefinida, ya que la escritura manifiesta una eficacia al menos negativa: sin ella, cualquier acontecimiento

social estaría incompleto, sería insatisfactorio, desprovisto de sentido y, en caso extremo, inexistente. El poder de la escritura, del cuál acabamos de ver esclarecedores efectos distintivos, se encarna por todas partes en esta exigencia habitual y es probablemente ahí que se abre un espacio vasto y lleno de sorpresas donde se puede trazar el mapa de una conquista que tiene mil rostros. Partamos de un ejemplo muy elocuente, como lo es el ritual del matrimonio.²⁰

En Lyon, en el siglo XVII, todos los esposos, desde el más modesto obrero al rico burgués, intercambian sus promesas frente al altar, bajo la autoridad del sacerdote; el marido da entonces a su mujer un anillo, después, según una costumbre introducida en 1667, trece monedas en calidad de prenda y también un *acte* (*charte*) que la iglesia de Lyon menciona desde 1498. Su forma es estable a pesar de la variación de los motivos: en un pergamino enmarcado con escenas bíblicas y motivos decorativos, está impresa la fórmula sacramental en la cual se escriben a mano los nombres de los esposos. La firma del sacerdote autentica el documento. Este no es el único escrito requerido ese día; conviene también inscribir en el registro parroquial un texto que enuncia la unión y que los recién casados y los testigos firman cuando pueden. Dos escritos pues, uno que se queda en el curato y otro que la pareja lleva consigo para conservarlo como un bien precioso, tanto que, hasta 1667, esta *acte* tuvo, en caso de necesidad, la validez de una constancia oficial. Saltamos tres siglos hasta nuestro presente y recontemos los escritos que exige hoy en día el matrimonio. Los primeros se desprenden de la ley nacional. Las amonestaciones no son hechas por la voz del sacerdote durante la misa sino publicadas en la alcaldía. El *acte* oficial, que sella la unión civil, es firmada por el alcalde, los casados y los testigos y es posteriormente transcrita en un *libro de familia*²¹ que es entregado a los esposos. Si la Iglesia conservó la costumbre de registrar los matrimonios, este acto ya no tiene su antiguo valor. Otros escritos más bien se relacionan con las convenciones sociales: los anuncios del programa son de una sobriedad casi reglamentaria, mientras que las invitaciones se prestan a más fantasías. El uso de la escritura ha permitido que la innovación de una “mesa de regalos” sea dispuesta en algún comercio para servir de referencia a los compradores. Sin embargo, la invención léxica y gráfica se desplaza hacia el corazón del banquete de bodas. “Ellos quieren nombres”, explicaba Yvonne Verdier, la cocinera de Minot, en Borgoña; el menú nupcial debe ser transmutado por una

20. Seguimos sucesivamente las descripciones de R. Chartier (1986) y Cl. Gallini (1992).

21. En Francia se usa esta “libreta oficial” para registrar las actas de nacimiento, matrimonio y defunción de todos los miembros de la familia directa: padre, madre e hijos. [N. de la T.]

larga serie de metáforas escritas que lo elevan a la altura de la tradición gastronómica.²² No olvidemos que cada menú impreso es personalizado –a menudo por la novia misma– y en principio conservado por cada quien. Con el apogeo de la fotografía nació un nuevo escrito, ese que bajo las imágenes desarrolla la idílica historia amorosa de la pareja, a la manera de las novelas rosas. Esa será tarea de la esposa. Igualmente, al término de la secuencia ritual, es decir, al regreso del viaje de bodas, hay una abundante colecta de escritos, muy diversos en forma, función y sentido, que subsiste del matrimonio. ¿Por qué vías se operó esta adopción de la escritura y su omnipresencia actual inmiscuida en el rito y con qué efectos?

Cuando a fines del siglo xv la iglesia de Lyon hizo del acta uno de los objetos que sellan la alianza, este escrito no es una novedad en lo absoluto. Ya está presente medio siglo antes entre las costumbres burguesas. Su promoción y generalización tienen como primer efecto la afirmación del carácter contractual de todo matrimonio, incluso el de los pobres, ya que en esa época, en la ciudad pero también en el campo, no había pacto sin huella escrita. El sacramento es respaldado por un *acta* –en el sentido jurídico, original de este término. El acuerdo pactado al abrigo de un poder público es atestiguado por la inscripción que se archiva. Más allá del juramento solemne, el escrito da fe ante los hombres. En todos los ritos de paso en los que se implanta poco a poco, la escritura se apoya en este papel de garantía que se extiende al punto de borrar en parte la distinción recibida entre la costumbre y el derecho, entre legalidad general y regla de lugar. En resumen, el acta y el rito se asocian, se recubren y a veces se confunden en un escrito de autoridad, hecho ya rigurosamente elaborado y en el que sólo los patronímicos y la firma son trazados a mano y remiten a una identidad que avala un compromiso.

Sin embargo, el rito pronto va a tomar partido de la doble extensión –en el tiempo y el espacio– que la escritura introduce. Más allá de sus beneficiarios, toda ceremonia despliega varios círculos de participantes involucrados en cierto grado. Ellos son al menos portadores del testimonio; su presencia, su mirada y, más tarde, su palabra, certifican la realidad de lo que ocurrió ese día. El rito es también lugar y origen de una memoria. Esta dimensión se vuelve explícita cuando el ritual debe producir la seguridad de una constancia. Todavía hasta hace poco, cuando se plantaba una piedra para marcar un importante límite territorial, bajo la piedra sobresaliente era enterrada profundamente una teja rota cuyos guijarros, acoplados como el *symbolon*, tenían el valor de prueba si se sos-

22. Ver la lista de los menús anexada por Y. Verdier (1979).

pechaba algún desplazamiento clandestino. No obstante, este importante gesto debía poder ser recordado por las generaciones futuras. Por tal motivo, un joven muchacho recibía en ese lugar una fuerte cachetada, destinada a grabar para siempre en su cuerpo y en su alma ese lugar y ese momento, y de hacer de este acto, para él y ante todos, un evento memorable. En lo que nos concierne y volviendo al asunto del matrimonio, la escritura es la que asegura esta preservación y dispensa a los testigos de su estricta misión memorial. Su recuerdo ya no es el único recurso de la verdad social, pues se puede ejercer de otra forma, en una esfera y de un modo más íntimo. La memoria exacta parece ahora devuelta a los papeles que el rito siembra a lo largo de su camino.

No obstante, en esta avanzada de la escritura hay más que una simple sustitución de instrumentos. Al volverse la materia misma del rito –al menos en algunos momentos de su desarrollo– la escritura lo transforma en profundidad, lo enriquece, al abrirle nuevos horizontes de existencia. En efecto, por la simple virtud del texto, otros universos de signos, provenientes de otros lugares, se ponen a disposición de la costumbre que capta un más allá antes desconocido e inaccesible. El menú de bodas se adorna con palabras maravillosas después de que la vida de la joven se hubiese reflejado y exaltado en la lectura y la contemplación de revistas hechas para ella a partir de 1830. La escritura es la vía de todas las metamorfosis y esta afirmación puede ir todavía más allá, hasta el desplazamiento radical de la experiencia tradicional, tratándose en particular de los ritos que modelan la biografía de cada uno. Se dice que la jovencita que por primera vez *veía* la sangre de su regla recibía, al igual que el joven de la piedra, una violenta bofetada. Así era significada la importancia de este día para siempre memorable, apertura real de su vida de mujer. En cuanto a la manipulación del hilo, comenzada muy temprano bajo la tutela de las mayores, ésta cobraba todo su sentido ya que estaba orientado hacia el tejido del ajuar, todo embebido de la espera amorosa, verdadero propedéutico al matrimonio. Cuando sobreviene la escritura, desde el siglo XVI en la aristocracia italiana, es para trazar las letras bordadas que marcan la ropa interior con su hilo rojo. La escala de sus ornamentos, de una dificultad progresiva, va a marcar a partir de entonces y hasta 1930 la vida de todas las adolescentes. Tal parece que la sangre que fluye y que hace deseable a la jovencita había encontrado la forma de verse y sobre todo *de leerse*.²³ En

23. Sobre esta “vida de la jovencita” y la marca alfabética de su ajuar ver Verdier, 1979; Fabre, 1980; Fine, 1984; Albert-Llorca, en prensa. Una soberbia colección de tejidos, alfabéticos o no, se presenta en Stanwood Bolton y Stoncoe, 1973.

cuanto a los muchachos, se lleva a cabo la misma transposición, probablemente de manera más discreta. La escritura los hace pasar, en y por la escuela, de la fósica búsqueda de los pájaros al deletreo de un abecedario dispuesto bajo la tutela de estos seres parlantes. Sin embargo, aunque las lecturas y las escrituras fuesen escasas, discontinuas y efímeras para ambos sexos, durante la infancia y la juventud, ellas trazan un camino de aprendizaje en el que la libertad interior coincide con un recorrido tradicional muy antiguo. El pequeño Jean-Paul Sartre continúa sacando de su nido, en el árbol de la biblioteca familiar, a los pájaros de palabras, vive y se narra, como muchos otros, aventuras de tinta y papel.²⁴

Además, al producir depósitos cada vez más considerables de escritos e imágenes mezclados, el rito moderno se presta a la posibilidad de una forma particular de repetición. Todo álbum es una máquina reiterativa, para sí mismo y para el círculo de los íntimos que se da a conocer en esta convivencia y para quienes estuvieron ausentes en el evento pero que pueden, por medio de este artificio, revivir el acontecimiento. En consecuencia, el tiempo vivido del rito sufre un deslizamiento esencial; su presente entraña necesariamente un recomienzo. Al recopilar con una minucia cada vez más maniática las huellas visibles de cada uno de sus instantes, el rito se desarrolla en gran parte en antepospretérito.²⁵ Con esto, el rito segrega y establece un relato completo, acabado y autorizado, un tipo de vulgata que, inscrita en el álbum, sustituye a la palabra móvil y diversa de los testigos, y se expone como la única verdad. El personaje pasivo, al centro del ritual, quien según la costumbre debería dejarse llevar por el acontecimiento, ponerse en las manos de los que saben –vecinos, vecinas y extraños– se vuelve a la vez actor y enunciador por el solo hecho de tomar la pluma. La esposa, posteriormente joven madre, que recolecta, ordena y muestra los momentos de la boda, del nacimiento y de la primera infancia, redacta su mito personal; intenta reemplazar los escritos –oficiales o aleatorios– por este libro que puede tomar la amplitud de un monumento. Busca más colmar exhaustivamente la memoria de la nueva generación que sólo alimentarla. La fábula materna del origen aspira por la vía de las palabras y las imágenes a fijar el imparable e imprevisible trabajo de los recuerdos.²⁶

24. Sobre esta conversión de la búsqueda de los pájaros en el aprendizaje de la escritura ver Fabre, 1986.

25. Tiempo que indica que la acción sucede después de otra pasada y antes de una que, para el pasado, sería futura. Ej. *habría amado* [N. de la T].

26. Cl. Gallina (1992) puso en evidencia esta apoteosis de los esposos; respecto del “mito” del

El yo inscrito

Una vez instalada en el rito la escritura declina, como hemos visto, las diversas facetas del lazo social. Contrato, constancia, transmisión, memoria... fundan la continuidad de una historia común. No obstante, del mismo modo, el acto de escribir, aunque sea reducido a la aposición de una firma, graba una identidad particular. Que la firma implique con frecuencia una conformidad no cambia nada, pues se trata siempre de un sujeto que escribe por su propia mano. Este simple gesto lo califica como único, le confiere al menos la autonomía de un nombre propio.²⁷

Si bien hay una gran distancia a primera vista entre la firma y la autobiografía, todas las investigaciones que recoge este libro han encontrado esta gran corriente, y las vías alternas que aquí han sido tomadas prestadas hacen énfasis en algunos aspectos un poco abandonados, tratándose de las más comunes escrituras personales. Éstas nos parecieron en un principio –lo que al término de esta presentación ya no es sorprendente– absolutamente inmersas en una continuidad. En la casa o en la iglesia, en el mundo de los pastores o de los investigadores, la escritura que se enuncia en primera persona y que trata el fuero interior, prolonga otras escrituras –administrativa, votiva, profesional...– y comienza siempre por tomar prestada una forma, una ocasión, un soporte. Además, la autobiografía ordinaria no es más que la intensificación de una actividad no solamente legítima sino requerida o al menos fomentada. Así mismo se pueden definir las edades de esta escritura sobre todo entre las mujeres, ya que la expresión íntima es, desde hace más de un siglo, constantemente favorecida en la educación familiar, religiosa o escolar de las muchachas. En fin, la autobiografía aparece a menudo muy fuertemente ligada a la escritura del rito en el que, sin embargo, invierte el proceso. Ya no se trata sólo de registrar una existencia, de inscribir en ella lo social en todos sus estados, sino de afirmar una singularidad a partir de la masa de textos anónimos o distantes que de diversas maneras nos rodean y se nos imponen. Este collage autobiográfico caracteriza experiencias muy diversas; ya sea que pensemos en el trabajo o en la acumulación de escritos de encarnación de la Escritura santa en las vidas espirituales o en la acumulación de escritos de toda procedencia que ocupan

libro de nacimiento, prolongo una reflexión de L. Desideri (coloquio de Ischia, *Antropologia della scrittura*, abril, 1992).

27. Ver a partir de ahora a Fraenkel, 1992.

una vida, alimentan una corriente ininterrumpida de escritura, construyen un yo dilatado, un destino enciclopédico.

¿En qué quedó la noción imprecisa de escritura ordinaria que nos permitió llevar a cabo la encuesta? Al olvidar por un momento la definición privativa que la concibe simplemente como una escritura sin escritor, una escritura de aficionado, una escritura dominguera, vislumbramos un territorio bastante mal explorado, el de las escrituras que nuestras sociedades demandan, exigen, suscitan. Este ordinario, que se hace uno solo con su organización, apela a cada uno, sea cual sea su condición, es cimiento común, imperativo general. Pero como no estamos en sociedades ni de escribas ni de clérigos –no teniendo estos términos más que un valor metafórico–, vimos la escritura, universal por vocación, prestarse a múltiples extensiones e inversiones. La escritura no deja pues de producir lo inédito, lo extraordinario.

El orden social genera escritura, así que toda relación puede usar ese vínculo; de ahí la relación constantemente enriquecida de la escritura, del *acta* y del rito. Además, como la escritura es hoy una exigencia sin alternativa absoluta –salvo la de la ignorancia estigmatizada– en su campo y con sus medios se marcan las diferencias. El bien mejor compartido es aquel que siempre se divide de acuerdo con los matices reglamentados de su uso. Cada grupo particular, cada relación específica, incluso cada individuo, pueden también marcarse inventando más un conjunto de prácticas dotadas de un sentido en el que son redefinidas las formas, los lugares y las relaciones de la escritura, de la palabra y la imagen que una distancia, una desviación. Esta dimensión particular es el objeto preciso de este libro. Estas costumbres, inventadas para ser transmitidas, voltean como un guante la concepción de lo ordinario que engendra la evidencia de las restricciones de la escritura. Si la escritura se impone es porque hay en ella una fuerza cuya eficacia se ha podido captar. ¿Acaso escribir no es siempre poner a prueba esta creencia?

Lista de referencias

- Albert-Llorca, M. (en prensa). Les fils de la Vierge. *L'homme*.
- Barthes, R. (1978). *Leçon*. París: Seuil.
- Bourdieu, P. (1992). *Les règles de l'art*. París: Seuil.
- Castleman, C. (1982). *Getting up*. Cambridge: MIT.
- Certeau, M. de (1982). *La fable mystique*. París: Gallimard.
- Certeau, M. de (1990). *L'invention du quotidien*. París: Gallimard.
- Chartier, A. M. & Hébrard, J. (1988, marzo-abril). *L'Invention du quotidien, une lecture, des usages*. *Le débat*, 49, p. 97-108.
- Chartier, R. (1985). *Pratiques de la lecture*. Obra colectiva. Francia: Rivages.
- Chartier, R. (1986). Du rituel au for privé: les chartes de mariage lyonnaises au XVII^e siècle. En R. Chartier (Dir.), *Les Usages de l'imprimé* (pp. 229-252). París: Fayard.
- Chartier, R. (1987). *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*. París: Seuil.
- Chartier, R. (Dir.). (1991). *La Correspondance*. París: Fayard, 1991.
- Dubuffet, J. (1967). *Prospectus et tous écrits suivants*, t. I. París: Gallimard.
- Fabre, D. (1980, noviembre). Passeuse aux gués du destin. *Critique*, 402, pp. 1075-1099.
- Fabre, D. (1985). Le livre et sa magie. En R. Chartier, *Pratiques de la lecture* (pp. 181-206). Obra colectiva. Francia: Rivages.
- Fabre, D. (1986, julio-septiembre). La voie des oiseaux. *L'Homme*, 99, pp. 7-40.
- Fine, A. (1984). À propos du trosseau: une culture féminine?. En M. Perrot (Dir.), *Une histoire des femmes est-elle possible?* (p. 155-188). Francia: Rivages.
- Fraenkel, B. (1992). *La Signatura, genèse d'un signe*. París: Gallimard.
- Gallini, Cl. (1992). Le rituel médiatique. En G. Althabe, D. Fabre & G. Lenclud (Eds.), *Vers une ethnologie du présent* (pp. 117-126). París: MSH.
- Heinich, N. (1992). *Être écrivain*. París: Centre National des Lettres.
- Hoggart, R. (1970). *La Culture du pauvre*. París: Minuit.
- Hoggart, R. (1991). *33 Newport Street*. París: Gallimard-Seuil.
- Hubert, Ch. & Hébrard, J. (1979). Fais ton travail. *Enfances et cultures*, 2, pp. 47-59.
- Lejeune, Ph. (1986). L'image de l'auteur dans les médias. En Ph. Lejeune *Moi aussi* (pp. 87-99). París: Seuil.
- Lenclud, G. (1992). Le grand partage ou la tentation ethnologique. En G. Althabe, D. Fabre & G. Lenclud (Eds.), *Vers une ethnologie du présent* (pp. 9-38). París: MSH.

- Marchesin, D. (1992). *Il bisogno di scrivere*. Italia: Laterza.
- Ong, W. (1982). *Orality and Literacy*. Londres-Nueva York: Methuen.
- Papadia, A. (1978). In margine ad una lettura di *Les mots*. *Micromegas*, 5(1), p. 75-93.
- Peroni, M. (1988). *Histoires de lire, lectures et parcours biographique*. París: BPI, Centre Georges Pompidou.
- Petrucci, A. (1980). *La scrittura, ideología e rappresentazione*. Turín: Einaudi.
- Roche, D. (1985). Les pratiques de l'écrit dans les villes françaises du XVIII^e siècle. En R. Chartier, *Pratiques de la lecture* (pp. 157-180). Obra colectiva. Francia: Rivages.
- Spufford, M. (1979, octubre). First Steps in Literacy: the Reading and Writing of the Humblest Seventeenth Century Spiritual Autobiographers. *Social History*, 4, p.407-436.
- Stanwood Bolton, E. & Stoncoe, E. (1973). *American Samplers*. Nueva York: Dover.
- Thévoz, M. (1978). *Le Langage de la rupture*. París: PUF.
- Thévoz, M. (1979). *Écrits bruts*. París: PUF.
- Thévoz, M. (1989). *Détournement d'écriture*. París: Minuit.
- Verdier, Y. (1979). *Façons de dire, façons de faire*. París: Gallimard.